

La Iglesia particular, responsable de la transmisión de la fe

Carlos Aguilar Grande

DELEGADO EPISCOPAL DE CATEQUESIS

ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

RESUMEN En este artículo partimos de la constatación histórica de cómo la evangelización y los procesos de Iniciación cristiana han tenido, desde un principio, una estructura más o menos común, pero han sido, sin embargo, muy diversos y variados según las iglesias (Oriente y Occidente); y, dentro de ellas, según los territorios y según la personalidad de los evangelizadores o catequistas. Por eso, ahora, la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe al mundo actual se presenta como un reto para toda la Iglesia que, por voluntad de Cristo, ha sido llamada a evangelizar. Pero es un reto que cada Iglesia particular ha de resolver proponiendo un proyecto unitario, articulado y coherente, adaptado a los diferentes destinatarios. Y esto no por razones estratégicas y de eficacia, sino, fundamentalmente por ser fieles al modo como Dios ha querido revelarse y hablar a los hombres.

PALABRAS CLAVE Iniciación cristiana, catequesis, iglesia particular, evangelización.

SUMMARY *En este artículo partimos de la constatación histórica de cómo la evangelización y los procesos de Iniciación cristiana han tenido, desde un principio, una estructura más o menos común, pero han sido, sin embargo, muy diversos y variados según las iglesias (Oriente y Occidente); y, dentro de ellas, según los territorios y según la personalidad de los evangelizadores o catequistas. Por eso, ahora, la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe al mundo actual se presenta como un reto para toda la Iglesia que, por voluntad de Cristo, ha sido llamada a evangelizar. Pero es un reto que cada Iglesia particular ha de resolver proponiendo un proyecto unitario, articulado y coherente, adaptado a los diferentes destinatarios. Y esto no por razones estratégicas y de eficacia, sino, fundamentalmente por ser fieles al modo como Dios ha querido revelarse y hablar a los hombres.*

KEYWORDS *Christian initiation, Catechesis, Local Church, Evangelization.*

Es la Iglesia entera la que, como pueblo de Dios que peregrina por este mundo, ha recibido de su Maestro y Señor la misión de anunciar el Evangelio a todas las gentes, enseñándoles cuanto Jesús enseñó a sus discípulos e invitándoles a que crean y se bauticen para alcanzar la salvación (cf. Mc 16,15-16; Mt 28,19-20).

Desde un principio, los apóstoles, siguiendo el ejemplo de la condescendencia divina (cf. DV 13), buscaron comunicar, según el Espíritu les inspiraba, el tesoro que ellos habían recibido, de manera que fuera significativo para cuantos les escuchaban, “fueran de la nación que fueran” (cf. Hch 2,6-11).

Y, cuando comenzaron a predicar por todo el mundo, los apóstoles y evangelistas “escogieron datos de la tradición oral o escrita, los redujeron a síntesis, los adaptaron a la situación de las diversas Iglesias y conservando el estilo de la proclamación, nos transmitieron siempre datos auténticos y genuinos acerca de Jesús” (DV 19). Solo así consiguieron, por un lado, responder a esa sed de Dios que todo ser humano lleva en lo más profundo de su ser, y, por otro, lograron que el Evangelio que anunciaban penetrara poco a poco en la conciencia de los individuos y de la sociedad; de manera que fue posible, con el devenir de los años y a lo largo de los primeros siglos de nuestra era, crear una concepción nueva de la vida y de la historia, un modo nuevo de relacionarse los hombres entre sí. El evangelio se hizo carne en la historia de los hombres y la historia de los hombres empezó a verse como historia de salvación, es decir, como lugar donde Dios está desde el principio y donde la Iglesia tiene que “involucrarse”, “acompañar [...] en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean”¹.

I. LA RICA DIVERSIDAD DE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN

Nos equivocariamos si pensáramos que el planteamiento y el desarrollo de la primera evangelización se realizó de una forma uniforme; todo lo contrario, los pocos datos históricos con que contamos ponen de manifiesto que, desde la época apostólica, la unidad de fe y la unidad misma de la Iglesia nunca estuvieron reñidas ni con la diversidad en los modos de transmitir

1 PAPA FRANCISCO, *Exhortación apostólica: Evangelii gaudium* 24 (24 de noviembre de 2013) (a partir de ahora: EG).

el único evangelio de Jesucristo, ni con la diversidad en las tradiciones y modos de celebrar la fe, ni tampoco con las diferentes formas de encarnar y concretar los compromisos de la vida cristiana, ni mucho menos con las diferentes corrientes de espiritualidad, que, con el transcurrir de los años, de las generaciones y de los siglos, dieron origen a tantas familias espirituales con sus características propias e irreductibles.

La razón de ser de esta admirable diversidad, dentro de la necesaria unidad, no es otra sino que el Espíritu Santo inspiró a los apóstoles y evangelistas, a los discípulos que llevaron la Buena Noticia por todos los rincones del orbe entonces conocido, para que conectaran con la situación de aquellas personas que se encontraban en el camino, tratando de conocer sus más íntimas aspiraciones, sus interrogantes más serios, los males que más les afectaban, los problemas que tenían que afrontar cada día, sus manifestaciones culturales y también religiosas (cf. Hch 8,26-39; 10, 24-43; 17,22-31); en definitiva, era necesario que el Evangelio que anunciaban diera sentido a las vidas de aquellos que les escuchaban, un sentido de plenitud y de totalidad².

1. LA INICIACIÓN CRISTIANA EN LA ÉPOCA DE LOS PADRES APOSTÓLICOS

Aunque sean pocas las referencias que encontramos en los escritos de los padres apostólicos sobre los itinerarios de Iniciación cristiana, sí podemos decir que, desde *la Didajé*, pasando por *el Pastor de Hermas* y terminando por el mártir san Justino, desde muy pronto, aquellos que se sintieron seducidos por Jesús y su evangelio y quisieron incorporarse a la Iglesia, recorrían un camino que, básicamente, suponía: una conversión inicial, la escucha de la Palabra, la profesión de la fe, la recepción del bautismo y la participación en la Eucaristía³. De los testimonios se desprende asimismo un dato que para

2 Como decía BENEDICTO XVI en su encíclica *Spe salvi*, aquellos primeros convertidos desde el paganismo a la fe cristiana, "habían tenido dioses, habían tenido una religión, pero sus dioses se habían mostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. [...] Se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío". Mientras que "el elemento distintivo de los cristianos" era "el hecho de que ellos tienen un futuro; no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío". Y "quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva" (2).

3 Cf. G. CAVALLOTTO, *Catecumenato antico* (Bologna 1996) 20-31. R. FABRIS, "La prassi della Chiesa apostolica per l'accoglienza dei nuovi credenti", en: R. FALSINI, *L'iniziazione cristiana degli adulti. Modello tipico per la formazione cristiana* (Milán 1992) 13-31.

nuestro estudio es muy interesante, es decir, que “en la iglesia apostólica y de los sucesivos primeros decenios, la acción misionera, destinada a suscitar nuevos discípulos e iniciarlos en la fe cristiana, se caracterizó por una notable flexibilidad, por iniciativas muy distintas y de carácter más bien personal. De hecho en este tiempo no se encuentra un camino organizado e institucionalizado de Iniciación cristiana. Sin embargo, dentro de la variada experiencia misionera de los primeros tiempos, se hicieron algunas opciones que los siglos posteriores se encargaron de demostrar que fueron fundamentales”⁴.

2. LAS DIFERENTES TRADICIONES SOBRE LA INICIACIÓN CRISTIANA ENTRE EL SIGLO III Y COMIENZOS DEL SIGLO IV

En el periodo sucesivo, nos encontramos con que ya aparece “un proceso de Iniciación cristiana largo y serio, que se caracteriza por ser como una especie de clase práctica (un “tirocinio”, que dicen los italianos), que se compone de una triple experiencia: la escucha de la Palabra, sobre todo a través de la catequesis, un riguroso empeño ascético-penitencial y una propuesta litúrgica todavía rudimentaria en las etapas de formación prebautismal, pero ya con una estructura, en cuanto a los ritos, plenamente desarrollada para la celebración del bautismo, confirmación y eucaristía”⁵. Ahora bien, de nuevo nos encontramos con que los testimonios que nos llegan de Tertuliano y Cipriano de lo que sucedió en Cartago; de lo que fue decretado en el IV concilio de Elvira en España; de lo que se desprende de las obras de Clemente de Alejandría y de Orígenes en Egipto; de los datos de las iglesias de Siria y Palestina, a la hora de organizar la Iniciación cristiana hay una gran autonomía y mucha creatividad⁶.

4 CAVALLOTTO, 30.

5 *Ibid.*, 76.

6 *Ibid.*, 72.

3. LAS DIFERENTES TRADICIONES SOBRE LA INICIACIÓN CRISTIANA ENTRE LOS SIGLOS IV AL VI/VII

Tras la paz constantiniana empezó a extenderse la institución del Catecumenado, aunque el mismo Concilio de Nicea, en el canon II, se hace eco de que “algunos hombres que se han convertido del paganismo han recibido una instrucción demasiado breve” y por eso pide que, “en adelante no se actúe más así, porque es necesario un tiempo suficientemente prolongado para el catecumenado en vista del bautismo”⁷. Pero el caso es que en este periodo se asentó un modelo bastante generalizado, al menos en las iglesias de Oriente, que básicamente constaba de cuatro etapas, aunque también son evidentes las diferentes tradiciones, que responden a las respectivas sensibilidades teológicas y pastorales de cada uno de los obispos⁸.

En este mismo periodo de tiempo, en Occidente, se desarrollan unos itinerarios de Iniciación cristiana que tienen elementos muy singulares y propios, distintos con respecto a los de las iglesias de Oriente. Se da, por ejemplo, mucha más importancia a los escrutinios de los que pedían el bautismo. La figura de los padrinos, al menos en los testimonios de los padres que han llegado hasta nosotros, está mucho más en sombra que en la tradición oriental; y, sin embargo, aparece mucho más destacado el papel que le corresponde a la comunidad cristiana. A ésta se la describe como una madre gestante que tiene que concebir, nutrir, proteger y dar a luz el nuevo hijo por medio del bautismo. Igualmente se da mucha más importancia, al menos en las iglesias del norte de África, a la *traditio* y la *redditio* del Padrenuestro, que no aparecen tan destacadas en la tradición Oriental. Sin olvidar los ritos que solo encontramos en Occidente: la administración de la sal, los tres escrutinios durante la cuaresma, el rito del *effetá* y el del lavatorio de los pies⁹.

En resumen, la época de máximo esplendor del Catecumenado nos deja suficientes testimonios como para concluir que se trataba de una institución extendida por toda la Iglesia con una estructura más o menos homogénea, aunque con notables diferencias. Éstas son debidas a la necesidad de cada una de la Iglesias locales de elaborar su propio itinerario formativo de Inicia-

7 Cf. MANSI II, 673; citado por CAVALLOTTO, 141.

8 Cf. *Ibid.*, 140-152.

9 Cf. *Ibid.*, 206.

ción cristiana. Un itinerario que reflejaba, sin duda alguna, la personalidad de los pastores, su carácter, su espiritualidad y hasta su teología; y también que trataba de responder a la situación concreta: social, religiosa y hasta política de cada lugar¹⁰.

II. LA INICIACIÓN CRISTIANA A PARTIR DEL CONCILIO VATICANO II

A partir del siglo VI/VII la institución del Catecumenado desapareció. Y hemos tenido que esperar a la celebración del concilio Vaticano II para que de nuevo la Iglesia propusiera su instauración (cf. SC 64); y con ella la recuperación de la inspiración catecumenal de la catequesis (cf. AG 13 y 14).

La catequesis ha pasado a entenderse como algo más que la mera instrucción sobre las principales verdades de la fe, como algo más que el mero aprendizaje de las oraciones propias del cristiano, mucho más que el conocimiento de los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, y mucho más que la iniciación a las prácticas de piedad más extendidas. Ahora la catequesis de Iniciación cristiana se entiende como ese “camino espiritual por el que, participando ya por la fe del misterio de la muerte y resurrección, [el que está siendo iniciado] pasa del hombre viejo al hombre nuevo perfecto en Cristo. Un paso que lleva consigo un cambio progresivo de sentimientos y de costumbres, y que debe ponerse de manifiesto en sus consecuencias sociales y desarrollarse en el tiempo del catecumenado” (AG 13).

Y el catecumenado, a su vez, se entiende como una especie de “noviciado debidamente prolongado de toda la vida cristiana, en el que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro” y en el que van siendo iniciados “en el misterio de la salvación, en la práctica de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados..., y van siendo introducidos en la vida de la fe, la liturgia y la caridad del pueblo de Dios” (AG 14).

10 Cf. *Ibid.*, 296.

III. LA COMUNIDAD CRISTIANA (LA IGLESIA PARTICULAR) ES TODA ELLA RESPONSABLE DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

La Iniciación cristiana, por tanto, se concibe como una especie de “noviciado”, es decir, un proceso o itinerario que necesariamente debe ser acompañado por la comunidad cristiana de cada lugar¹¹, que, como dice el *Directorio General para la Catequesis*, es “referencia concreta y ejemplar para el itinerario de fe de cada uno”, “fuente, lugar y meta de la catequesis”, “lugar visible del testimonio de la fe” (DGC 158).

Esta es la principal razón por la que “el anuncio, la transmisión y la vivencia del Evangelio se han de realizar en el seno de una Iglesia particular o diócesis” (DGC 217)¹², y, consecuentemente, el motivo por el que cada Iglesia particular debe ofrecer “a todos sus miembros y a cuantos se acercan con el deseo de entregarse a Jesucristo, un proceso formativo que les permita conocer, celebrar, vivir y anunciar el Evangelio dentro de su propio horizonte cultural” (DGC 218)¹³.

11 “La catequesis es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana. [...] La catequesis es, por tanto, una acción educativa realizada a partir de la responsabilidad peculiar de cada miembro de la comunidad, en un contexto o clima comunitario rico en relaciones, para que los catecúmenos y catequizandos se incorporen activamente a la vida de dicha comunidad. De hecho, la comunidad cristiana sigue el desarrollo de los procesos catequéticos [...] como un hecho que le concierne y compromete directamente. Más aún, la comunidad cristiana al final del proceso catequético acoge a los catequizandos en un ambiente fraterno donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido” (DGC 220).

12 Dos de las propuestas del *Sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe* son interesantes al respecto: “La Iglesia particular, presidida por el obispo, asistido por los sacerdotes y diáconos, con la colaboración de personas consagradas y los laicos, es el sujeto de la Nueva Evangelización. Esto se debe a que en todas partes la Iglesia particular es la manifestación concreta de la Iglesia de Cristo y, como tal, inicia, coordina, y lleva a cabo acciones pastorales a través de las cuales se implementa la Nueva Evangelización” (Propuesta 41).

“Cada Iglesia particular es la comunidad primaria de la misión de la Iglesia. Debe motivar y conducir una acción pastoral renovada, capaz de integrar la variedad de los carismas, de los ministerios, de los estados de vida y de los recursos. Todas estas realidades deben coordinarse dentro de un proyecto misionero orgánico, capaz de comunicar la plenitud de la vida cristiana a todos, especialmente para los alejados de la atención de la Iglesia. Este esfuerzo debe provenir del diálogo y de la cooperación de todos los componentes diocesanos, tales como: parroquias, pequeñas comunidades cristianas, comunidades educativas, comunidades de vida consagrada, asociaciones, movimientos y creyentes a nivel individual” (Propuesta 42).

13 Dice el papa Francisco en su Exhortación Apostólica: “La prédica cristiana, por tanto, encuentra en el corazón cultural del pueblo una fuente de agua viva para saber lo que tiene que decir y para encontrar el modo como tiene que decirlo. Así como a todos nos gusta que se nos hable en nuestra lengua materna, así también en la fe nos gusta que se nos hable en clave de “cultura materna”, en clave de dialecto materno (cf. 2 M 7,21.27), y el corazón se dispone a escuchar mejor. Esta lengua es un tono que transmite ánimo, aliento, fuerza, impulso” (EG 139).

Por eso, para garantizar que cuantos se acercan a la Iglesia puedan conocer, celebrar, vivir y anunciar el Evangelio dentro de su propio horizonte cultural, cada Iglesia particular o diócesis ha de ser capaz de articular y ofrecer una catequesis entendida como servicio único, es decir, un servicio que sea capaz de integrar, partiendo de la persona del obispo, a toda la comunidad cristiana, responsable de la catequesis, y en el que cada uno (presbíteros, diáconos, religiosos, padres de familia y laicos) actúa según su particular condición para ofrecer de modo pleno la palabra y el testimonio completos de la realidad eclesial (cf. DGC 219 a)¹⁴.

1. ORGANICIDAD DE LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN CRISTIANA

La catequesis, como todo en la vida de la Iglesia, “no es una acción que se pueda realizar en la comunidad a título privado o por iniciativa puramente personal” (DGC 219 b), sino en comunión y coordinadamente, mejor dicho, orgánica y sistemáticamente¹⁵. Y ello no por razones de estrategia ni por conseguir una mayor eficacia en la acción evangelizadora, sino pura y simplemente para garantizar la unidad de la fe (cf. DGC 272) y la unidad de la misma Iglesia, porque esa es la voluntad del Padre (cf. Jn 17,21).

En consecuencia, se puede decir, sin temor alguno a equivocarnos, que todo servicio catequético que no respete este principio de comunión, de coordinación, de organicidad y sistematicidad, por muy bien que esté estructurado, por muy buenos que sean los materiales en que se apoye, por excelentes que sean los recursos con los que cuente, por muy buena que sea la intención de cuantos lo promueven, no será una catequesis eclesial.

14 Recientemente el padre Rufino CALLEJO (O.P.) ha escrito a este respecto: “Si todo bautizado es Iglesia, a todo bautizado afecta la función docente de la Iglesia: como destinatario y como portador y transmisor de esa Palabra que ha de enseñar. Lo cual no equivale a que todos en la Iglesia tengan una función igual. Su función es diferenciada. Uno es el cuerpo jerárquico, que enseña como testigo cualificado de la fe apostólica, con autoridad para determinar lo que corresponde a la fe; otro, el conjunto de los fieles, que da testimonio de esta fe con la palabra y con la vida” (“El oficio de enseñar de los obispos en una sociedad plural”: *Sal terrae* 102/10 [2014] 835).

15 Cf. C. AGUILAR GRANDE, “El servicio y el proyecto diocesano de catequesis”, en: M. DEL CAMPO GUILARTE (dir.), *La pedagogía de la fe: al servicio del itinerario de Iniciación cristiana* (Madrid 2009) 326-329.

2. AL OBISPO LE CORRESPONDE LA ALTA DIRECCIÓN Y LA COORDINACIÓN DE LA CATEQUESIS EN SU DIÓCESIS

Sabemos que la comunión en la Iglesia no obedece a razones de consenso ni surge del mutuo acuerdo entre los fieles; la comunión se crea, se edifica y se mantiene a partir de la persona de Cristo y de su evangelio (cf. Jn 15,1-16). Por eso Nuestro Señor Jesucristo dio autoridad y poder a sus apóstoles (cf. Lc 9,1) para que predicaran en su nombre (cf. Lc 10,16), realizaran signos en su nombre (cf. Mc 16,17) y actuaran en su nombre (cf. Mt 10,40). Este ministerio, los apóstoles se lo comunicaron a sus sucesores, los obispos, que, como dice el Concilio, “han recibido el ministerio de la comunidad. Presiden en nombre de Dios el rebaño del que son pastores; como maestros enseñan; son sacerdotes del culto sagrado y ministros que ejercen el gobierno” (LG 20). Y por eso a ellos les compete “la alta dirección de la catequesis en la Iglesia particular” (CT 63 c)¹⁶.

Se trata, conviene repetirlo, de un ministerio de comunión que se ha de ejercer con un espíritu y sentido de verdadera comunión. De hecho, como enseña el propio Concilio, ese “ministerio de comunidad”, cada obispo lo ha de ejercer, por un lado “junto con sus colaboradores los presbíteros y los diáconos” (LG 20), a quienes necesariamente ha de consultar y escuchar a la hora de articular y presentar una organización adecuada y eficaz de la catequesis (CT 63 c); y con ellos, asimismo, tendrá que contar a la hora de establecer en la diócesis un proyecto global de catequesis, articulado y coherente (cf. DGC 223)¹⁷. Es muy interesante al respecto lo que les ha recordado el papa Francisco a los obispos:

16 “El poder pastoral que ejerce el Obispo por estar al frente de su Iglesia particular le constituye en moderador de todas las actividades que exigen el ejercicio del ministerio docente en su Iglesia, teniendo el derecho y el deber de vigilancia sobre cualesquiera actuaciones evangelizadoras que tengan lugar en dicha Iglesia, siempre en comunión con la autoridad suprema y pudiendo ejercer esa función pastoral en unión con otros Obispos” (CALLEJO DE PAZ, 835).

17 Cf. CIC Canon 775§1 y JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica postsinodal: Pastores gregis* 38 (16 de octubre de 2003). Me parece muy interesante y a tener en cuenta esta observación del padre Rufino CALLEJO: “En la regulación canónica de la función docente echamos de menos una mayor dimensión dialógica, enlazando más con la sensibilidad del concilio Vaticano II y con la del hombre actual, que ve en el diálogo una fuente de enriquecimiento humano y cristiano. De los 86 cánones que componen el tratado del *munus docendi*, es significativo que solo en un párrafo de uno de ellos se haga alusión al diálogo. Se trata del canon 787 §1, donde se pide que entablen los misioneros en las nuevas iglesias un diálogo sincero con los que no creen en Cristo” (841).

En su misión de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera, [el obispo] tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación que propone el Código de Derecho Canónico y otras formas de diálogo pastoral, con el deseo de escuchar a todos y no sólo a algunos que le acaricien los oídos. Pero el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos (EG 31).

Por otro lado, puesto que la diócesis, en definitiva no es sino “una parte del Pueblo de Dios que se confía a un obispo para que la apaciente con la colaboración de su presbiterio”, y “en ella está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica” (CD 11), el obispo necesariamente tiene que ejercer su ministerio en comunión con toda la Iglesia. Así pues, debe estar en comunión con quien es la cabeza del colegio episcopal, el Papa, y también con los demás hermanos del Colegio (cf. LG 22)¹⁸; solo así podrá “desempeñar su función adecuada y eficazmente” (CD 37). Es por ello que, a la hora de pensar el proyecto de catequesis para su diócesis, éste deberá estar coordinado con los planes de la Conferencia Episcopal y ha de guardar una cierta armonía y coherencia con los planes de las diócesis vecinas (cf. DGC 223). De no ser así, y siempre que se dé un testimonio de desunión y de desconexión, el daño que se hace a la tarea evangelizadora y a la misma misión de la Iglesia es muy grave, y debería hacer reflexionar muy seriamente a cuantos se empeñan en caminar de manera individualista y aislada¹⁹.

18 “El Obispo es principio y fundamento visible de la unidad en la Iglesia particular confiada a su ministerio pastoral, pero para que cada Iglesia particular sea plenamente Iglesia, es decir, presencia particular de la Iglesia universal con todos sus elementos esenciales, y por lo tanto constituida a *imagen de la Iglesia universal*, debe hallarse presente en ella, como elemento propio, la suprema autoridad de la Iglesia: el Colegio episcopal *‘junto con su Cabeza el Romano Pontífice, y jamás sin ella’*” CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión. Communio notio* 13 (28 de mayo de 1992).

19 Cf. EG 90-92.

3. EL SERVICIO DE LOS PRESBITEROS Y SINGULARMENTE DE LOS PÁRROCOS A LA CATEQUESIS

Además del obispo, a la hora de organizar y coordinar la catequesis en la Iglesia particular o en la diócesis, hay que hablar igualmente de los sacerdotes, y singularmente de los párrocos (cf. DGC 224-225)²⁰. Éstos han de realizar, animar, coordinar y dirigir la catequesis en sus respectivas comunidades no a título propio, sino “como colaboradores del Obispo y por mandato del mismo”²¹. Por ello, resulta muy importante que, al llevarla a cabo, “sepan integrar esta labor dentro de un proyecto orgánico de evangelización, asegurando por encima de todo, la comunión de la catequesis en la propia comunidad con la persona del Obispo, con la iglesia particular y con la Iglesia universal”²².

No cabe, pues, un párroco o presbítero responsable de la catequesis en una comunidad cristiana que organice o dirija la catequesis por su cuenta, aislado o sin buscar la comunión plena con el obispo y con lo que él haya determinado para su Iglesia particular a este respecto; ni tampoco que lo haga sin buscar la comunión y la coordinación con las parroquias de su entorno.

Tampoco es aceptable que el párroco o sacerdote responsable de la catequesis la organice sin escuchar ni contar con la colaboración de religiosos o religiosas presentes en su territorio. Será, pues, conveniente que al menos conozca y esté al tanto de los proyectos pastorales de los Institutos de Vida Consagrada de su zona y que busque el modo de armonizarlos; más aún ha de tratar de animar y sostener un “proyecto de coordinación que pueda ser asumido por cada uno de los ámbitos competentes en la transmisión de la fe, teniendo en cuenta que es la parroquia la que debe asumir el protagonismo de dicha coordinación”²³.

Por último, es necesario que el párroco o el sacerdote responsable de la catequesis en la parroquia escuche y tenga en cuenta la opinión de los catequistas a la hora de programarla y coordinarla, pues entre sus principales deberes, según el Directorio, el primero es: “suscitar el sentido de la común

20 Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* 21, 41 y 65 (14 de enero de 2013).

21 *Ibid.*, 65.

22 Cf. *Ibid.*, y CIC, canon 768.

23 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe* 63 (20 de mayo de 2013). Es también muy interesante, aunque evidentemente más genérico, lo que ha dicho el papa Francisco a propósito de la parroquia en la exhortación *Evangelii gaudium* (cf. 28).

responsabilidad hacia la catequesis, como tarea que atañe a todos, reconociendo y apreciando tanto a los catequistas como su misión” (DGC 225). Y el segundo incluye contar con la participación activa de los propios catequistas tanto en la orientación de fondo de la catequesis, como en la realización de una adecuada programación” (*ibídem*)²⁴.

4. EL SERVICIO DE LAS PERSONAS CONSAGRADAS EN LA CATEQUESIS

En cuanto a las personas consagradas²⁵, por un lado, es necesario reconocer que están llamadas a hacer “una aportación original y específica” a la catequesis, que “nunca podrá ser suplida por la de los sacerdotes y laicos”. “Una contribución original que brota del testimonio público de su consagración y que les convierte en signo viviente de la realidad del Reino” (DGC 228). Y, por otro, las personas consagradas han de saber que “están sometidas al poder del Ordinario del lugar”, “también en lo que se refiere al cuidado de las almas, a la predicación sagrada que hay que hacer al pueblo, a la educación religiosa y moral de los fieles, sobre todo de los niños; a la catequesis y formación litúrgica” (CD 35, 4). Por eso, como les exhortaba el papa Juan Pablo II, las personas consagradas “no dejarán de ofrecer su generosa colaboración a la Iglesia particular según las propias fuerzas; y actuarán en plena comunión con el Obispo en el ámbito de la evangelización, de la catequesis y de la vida de las parroquias” (VC 49). De hecho, “no pueden invocar la justa autonomía, o incluso la exención de que gozan muchos de ellos, con el fin de justificar decisiones que, en la práctica, contrasten con las exigencias de una comunión orgánica, requerida por una sana vida eclesial” (VC 49)²⁶.

Para dejar bien claro que los Institutos, en los que gran parte de las personas consagradas viven y desarrollan su vocación, no pueden actuar de forma aislada y descoordinada con el resto de la Iglesia, el Concilio les invitaba a “favorecer la colaboración entre los diversos Institutos religiosos” y también “entre estos mismos y el clero diocesano”. Una colaboración que se ha traducir

24 El papa Francisco ha propuesto como criterio de la conversión pastoral necesaria para llevar a cabo la nueva evangelización, el de que las parroquias “sean ámbitos de viva comunión y participación, y que se orienten completamente a la misión” (EG 28). Cf., además, C. AGUILAR GRANDE, “La catequesis en la Iglesia particular”: *Teología y Catequesis* 104 (2007) 120-121.

25 Cf. DGC 228-229 y AGUILAR GRANDE, “La catequesis en la Iglesia particular”, 121-123.

26 Cf. LG 45 y CIC, cánones 678 y 680.

en “una estrecha coordinación de todas las obras y actividades apostólicas” (CD 35, 4). Criterio que, evidentemente, ha de ser tenido muy en cuenta a la hora de organizar y estructurar el proyecto catequético de estos Institutos. Dicho proyecto nunca deberá estar encerrado en sí mismo²⁷, sino que ha de ser abierto y posibilitar la coordinación con el proyecto de la Iglesia local y también de las parroquias, o mejor aún de los arciprestazgos²⁸. El pueblo fiel e incluso los no creyentes tienen todo el derecho a recibir de sus pastores y de las personas consagradas un testimonio de comunión; y, en caso de no ser así, las iniciativas de unos y otros, por mucho celo que pongan en llevarlas adelante las personas directamente implicadas en ellas, estarán condenadas al más absoluto fracaso²⁹.

5. LA APORTACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS Y DE LAS NUEVAS REALIDADES ECLESIALES

El DGC reconoce que, para algunos de estos movimientos y nuevas realidades eclesiales, la catequesis ocupa un lugar central y es un elemento constitutivo de sus respectivos carismas (cf. DGC 29)³⁰. Y conviene no olvidar que los fieles que a ellos pertenecen (sean fieles laicos, sean personas consagradas o sean clérigos) tienen todo el derecho —y hasta podríamos decir el deber— de hacer una aportación a la catequesis según su carisma particular, según la originalidad y singularidad de su espiritualidad, así como según la

27 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe*, 35.

28 Cf. *Ibid.*, 32.

29 “Siendo la misma y única persona del niño o del joven la que recibe estas diversas acciones educativas, es importante que las diferentes influencias tengan la misma inspiración de fondo. Dado que cada una de ellas tiene su propia especificidad e importancia, cualquier contradicción en esas acciones es nociva” (DGC 278). Mostrando todo su acuerdo con todos estos principios, el padre R. CALLEJO hace, sin embargo, esta curiosa advertencia: “Esto no puede significar que se oscurezcan las responsabilidades directas que otras instituciones eclesiales (está hablando, evidentemente, de las Órdenes, Congregaciones e Institutos de Vida Consagrada que tienen su pastoral y su catequesis propias) puedan tener en esta labor a través de instituciones propias o que las intervenciones en ellas de los Obispos sean directas y habituales” (845). Esta última afirmación suena extraña y sin duda puede dar pie a modos pastorales de actuar muy poco eclesiales, por no estar suficientemente coordinados con el proyecto de evangelización y de catequesis de la Iglesia particular. El cual, a su vez, para ser verdaderamente eclesial, tendrá que haber sido elaborado escuchando y teniendo en cuenta a todos, también y muy especialmente, a los miembros de la Vida Consagrada y a sus respectivos carismas y proyectos propios.

30 Cf. AGUILAR GRANDE, “La catequesis en la Iglesia particular”, 124-125.

particularidad única e irreductible de su modo de seguir a Jesucristo, tal y como estos fieles lo han recibido en el movimiento.

Ahora bien, es igualmente necesario que estas personas comprendan que la iniciación y educación en la fe de catecúmenos y catequizandos debe comenzar por lo que es común a todos los cristianos. Porque se inicia a *la fe de la Iglesia* y los que están siendo iniciados están llamados a insertarse en la única Iglesia de Jesucristo, que es una, santa y católica y que “existe en y desde las iglesias particulares” (LG 23). Solo en un segundo momento, posterior a la formación básica cristiana, es cuando los fieles cristianos pueden ser iniciados en lo que es peculiar y diferenciador de estos movimientos y nuevas realidades eclesiales (cf. CT 67 b-c).

En consecuencia, la aportación a la catequesis de estos fieles cristianos que pertenecen a los movimientos y a las nuevas realidades eclesiales, debe estar abierta y buscar en todo momento la coordinación con el proyecto diocesano, al tiempo que ha de buscar insertarse en una cooperación fiel y cordial con los planes de la parroquia³¹, huyendo en todo momento de convertir su catequesis en una alternativa o una cosa paralela a la catequesis parroquial³².

6. LA APORTACIÓN DE LOS CATEQUISTAS LAICOS³³

Los fieles laicos no pueden ser vistos, simplemente, como los brazos ejecutores de los planes o proyectos de los clérigos (obispos o presbíteros) o de los religiosos. En realidad los catequistas laicos participan en esta tarea en virtud del carácter con el que fueron marcados por los sacramentos del bautismo y de la confirmación, y que les hace partícipes de la misión sacerdotal, profética y real de Cristo (cf. AA 2b)³⁴. De ahí que haya que “contar con la

31 Cf. JUAN PABLO II, *Discurso durante el encuentro con los movimientos eclesiales* (30 de mayo de 1998).

32 Es muy interesante lo que dice la Exhortación *Evangelii gaudium* al respecto: “Las demás instituciones eclesiales, comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación [...] es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular. Esta integración evitará que se queden sólo con una parte del Evangelio y de la Iglesia, o que se conviertan en nómadas sin raíces” (29); que a su vez cita la Propuesta 26 del Sínodo de los Obispos para la Nueva Evangelización y la transmisión de la fe.

33 DGC 230-231 y AGUILAR GRANDE “La catequesis en la Iglesia particular”, 125-132.

34 Cf. *Ritual del Bautismo de Párvulos*, 62; RICA, 224.

participación activa de los catequistas” (DGC 225) tanto en la realización de la catequesis como a la hora de pensar y elaborar el proyecto de programación y coordinación de la catequesis a todos los niveles³⁵: en las parroquias (cf. DGC 225; 257-258), en los centros educativos (cf. DGC 278; 259-260), en los arciprestazgos, en las diócesis (cf. DGC 267)³⁶, en las Conferencias Episcopales (cf. DGC 269) y hasta en la Santa Sede (cf. DGC 270). Pues son los laicos quienes, “compartiendo todo tipo de tareas con los demás hombres y mujeres, pueden aportar a la transmisión del Evangelio una sensibilidad y unas connotaciones específicas”, únicas e imprescindibles a la hora de encarnar el Evangelio en la vida concreta de aquellos a quienes catequizan. Y, además, “los propios catecúmenos y catequizandos pueden encontrar en ellos un modelo cristiano cercano el que proyecta su futuro como creyentes” (DGC 230).

Por su parte, los catequistas laicos han de tener claro que tampoco ellos están en la catequesis a mero título individual o por iniciativa puramente privada, y que no pueden actuar de forma aislada e independiente (DGC 219 b), sino en tanto en cuanto son miembros de la Iglesia; y lo son porque están insertados en una Iglesia particular, en una Iglesia local. Por eso podrán ser catequistas en la medida en que estén en comunión efectiva y cordial con los pastores de la comunidad y con los hermanos que pertenecen a la misma.

Así pues, por un lado, es necesario que los catequistas laicos conozcan y estén dispuestos a asumir y realizar su tarea dentro del proyecto diocesano de catequesis, según las normas y los criterios establecidos por el Obispo en la Iglesia particular para la coordinación y organización de la catequesis, y también dentro de la programación parroquial y arciprestal. Y, por otro, es asimismo necesario y hasta obligatorio que cada uno de los catequistas esté cordial y fraternalmente integrado en el grupo de catequistas (cf. DGC 159). Por la misma razón, resulta imprescindible que cada uno de los catequistas sea alguien capaz de trabajar en grupo, de animar la vida de un grupo y conocedor de las técnicas básicas de la animación grupal (cf. DGC 245).

35 Ha insistido en ello el papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium* poniendo en guardia contra el clericalismo, es decir, contra esa tendencia de mantener al margen a los fieles laicos a la hora de tomar decisiones: (cf. EG 102).

36 “Para realizar estas tareas El Secretariado de catequesis debe contar con un grupo de personas dotadas de competencias específicas. La amplitud y variedad de cuestiones que tratar postulan la distribución de responsabilidades entre varias personas verdaderamente especialistas” (DGC 267).

7. UNIDAD, SÍ; DIVERSIDAD, TAMBIÉN

Nada de todo esto está reñido con que cada persona de las que participa en la organización y realización de la catequesis, lo haga “con un estilo propio” y “acomodado a su propia personalidad” (DGC 244).

La razón es muy sencilla de entender: el Señor Jesús llamó a cada uno de los apóstoles y discípulos y se fió de ellos, aceptando la singularidad de su carácter, de su modo de ser, de su mentalidad (cf. 1 Tim 1,12-13). Y siendo como era cada uno, por la acción eficaz del Espíritu, los convirtió en instrumentos al servicio del anuncio del Evangelio (cf. Hch 9,15-16), del único Evangelio (cf. Ga 1,8-9). Por eso, realizaron la misión encomendada en comunión, ya que era el mismo y único Espíritu el que les inspiraba; pero también es verdad que lo hicieron de formas muy distintas, según la personalidad y la mentalidad de cada uno de ellos, según sus capacidades y sus limitaciones, y atendiendo en cada momento a las necesidades y circunstancias de aquellos hombres y mujeres a quienes se dirigían.

Consecuentemente, los proyectos de evangelización y, dentro de ellos, los itinerarios catequéticos de las diócesis y de las parroquias nunca deben apagar lo peculiar y lo singular que los fieles cristianos aportan a la tarea que realizan; pues también en ellos habita el mismo y único Espíritu que dirige la Iglesia (cf. LG 4). Y siempre hemos de confiar en que el mismo Espíritu que suscita los diferentes carismas y dones en el pueblo santo de Dios, será también el que haga posible la unidad entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo (1 Co 12,4-11). Por eso, el hecho de que sea necesario un proyecto único y unitario de catequesis, no es razón para que la catequesis sea concebida como un servicio que haya que realizar de manera uniforme o uniformada³⁷. Siem-

37 Entre las propuestas finales del *Sínodo para la Nueva Evangelización y la transmisión de la fe*, hay una que pide lo siguiente: “Todas las Iglesias particulares serán animadas a valorizar e integrar a todos sus distintos agentes y sus capacidades. Al mismo tiempo, cada Iglesia particular debe tener la libertad para evangelizar en función de sus características y tradiciones, siempre en unidad con su Conferencia Episcopal o con el Sínodo de la Iglesia católica oriental” (Propuesta 7). Y el papa Francisco en la exhortación *Evangelii gaudium* ha dicho que si bien “el sentido unitario y completo de la vida humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos”, sin embargo, debemos “advertir que un programa uniforme e inflexible de evangelización no es apto para esta realidad” (75). Y en la catequesis del 9 de octubre de 2013 decía: “La Iglesia es la armonía de todos [...] ¿Aceptamos al otro, aceptamos que exista una justa variedad, que éste sea diferente, que éste piense de un modo u otro —en la misma fe se puede pensar de modo diverso— o tendemos a uniformar todo? Pero la uniformidad mata la vida. La vida de la Iglesia es variedad, y cuando queremos poner esta uniformidad sobre

pre habrá que hacer las debidas adaptaciones³⁸ en función de las diferentes situaciones personales, sociales, económicas, culturales, espirituales, eclesiales, sobre todo en lo que tiene que ver con la metodología, la didáctica, el desarrollo de los procesos, los recursos (incluidos los catecismos), los lenguajes, etc.³⁹. Solo así se conseguirá que “el Evangelio penetre en los niveles más profundos de las personas y de los pueblos, afectándolos en de una manera vital y en profundidad y hasta las mismas raíces de sus culturas” (DGC 109)⁴⁰.

IV. LA NECESARIA INCULTURACIÓN DEL MENSAJE CRISTIANO

Tras todo lo planteado hasta aquí en este artículo, nos será fácil comprender que la Iglesia, a lo largo de los tiempos, con más o menos acierto en el modo de proceder según cada periodo histórico y, sobre todo, según el carácter y la personalidad de los respectivos evangelizadores, haya tratado de evitar que la presentación del mensaje evangélico se reduzca a la mera exposición ordenada y completa de las verdades de la fe, como si para llegar a ser cristiano bastara con conocer la fe objetiva (*fides qua*). Más bien, la Iglesia ha buscado que los hombres de cada generación, de cada época histórica y de cada lugar, tuvieran un encuentro real con Cristo. Para ello siempre ha exhortado a los evangelizadores y catequistas a adaptar su lenguaje, sus

todos matamos los dones del Espíritu Santo. Oremos al Espíritu Santo, que es precisamente el autor de esta unidad en la variedad, de esta armonía, para que nos haga cada vez más *católicos*, o sea, en esta Iglesia que es católica y universal”.

38 Para lo que las Iglesias locales necesitan “una certera y madura creatividad” (DGC 134). De hecho, el papa Francisco, en su intervención en el Congreso Internacional sobre la catequesis dijo claramente: “No se entiende un catequista que no sea creativo. Y la creatividad es como la columna vertebral del catequista. Dios es creativo, no está encerrado, y por eso nunca es rígido. Dios no es rígido. Nos acoge, sale a nuestro encuentro, nos comprende. Para ser fieles, para ser creativos, hay que saber cambiar. Saber cambiar. ¿Y para qué tengo que cambiar? Para adecuarme a las circunstancias en las que tengo que anunciar el Evangelio. Para permanecer con Dios, hay que saber salir, no tener miedo de salir. Si un catequista se deja ganar por el temor, es un cobarde; si un catequista se queda impasible, termina siendo una estatua de museo: ¡y tenemos tantos! ¡Tenemos tantos! Por favor, nada de estatuas de museo. Si un catequista es rígido, se hace apergaminado y estéril. Les pregunto: ¿Alguno de ustedes quiere ser un cobarde, una estatua de museo o estéril? ¿Alguno quiere ser así? [Catequistas: No]. ¿No? ¿Seguro? ¡Está bien!” (PAPA FRANCISCO, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre Catequesis*, 27 de septiembre de 2013).

39 Cf. DGC 10, 118, 133, 143, 146, 165, 167, 169-170, 283.

40 Que, a su vez, cita: EN 20 y 63 y RM 52.

categorías, los ejemplos, etc., a la mentalidad y los usos de las personas a quienes se dirigen⁴¹.

La Iglesia, en definitiva, siempre buscó que el mensaje que estaba llamada a transmitir fuera “un mensaje significativo para la persona humana” (cf. DGC 116-117), de manera que “el hombre entero, en sus experiencias más profundas, se viera fecundado por la Palabra de Dios” (DGC 67). Es más, la Iglesia, fiel al mandato de Cristo de anunciar el Evangelio a todas las gentes, ha tratado de evitar —aunque ciertamente no siempre lo ha conseguido— que la evangelización se redujera a poner una fina capa de barniz en los destinatarios; y ha buscado, en cambio, que el encuentro con Jesús y con su Evangelio alcanzara hasta las raíces de las sociedades y de las culturas donde nace, crece y se desarrolla la vida de los hombres (cf. EN 19). Solo así la vida nueva que nace de la fe en Cristo puede alcanzar y transformar los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las estructuras y los modelos de vida imperantes en cada lugar del mundo, en cada sociedad, en cada cultura (cf. EN 20). Porque si esto no se da, entonces es muy fácil que más que cristianización lo que se esté alimentando sea una especie de dualismo existencial, o sea, cristianos que lo son en la superficie, en algunas de sus manifestaciones externas e incluso en alguna de sus ideas o modos de pensar, pero que en el fondo nada tienen que ver con eso que san Pablo llamaba *el hombre nuevo* (cf. Ef 4,24; Col 3,10), o con aquello otro que Jesús planteaba del *vino nuevo en los odres nuevos* (cf. Mt 9,17; Mc 2,22; Lc 5,37-38)⁴². Y si esto se da, estamos, como denunciaba el Concilio, ante el mayor drama que debe afrontar la Iglesia en nuestro tiempo: la separación entre la fe y la vida (cf. GS 43); o, en formulación del papa Pablo VI, “la ruptura entre Evangelio y cultura” (EN 20).

41 En la evangelización y en la catequesis siempre ha habido que conjugar debida y equilibradamente integridad y adaptación (cf. DGC 112-113).

42 Aunque pronunciada ya hace muchos años, sigue siendo de gran interés la conferencia que dio monseñor ANTÔNIO DO CARMO CHEUICHE (entonces obispo auxiliar de Porto Alegre, Brasil) en el Congreso Iberoamericano sobre la dimensión ecuménica de la Nueva Evangelización (Cáceres 1991) y que fue publicada por la revista *Scripta Theologica* 24 (1992) 57-72.

1. ¿POR DÓNDE EMPEZAR?: *DIOS SIEMPRE SE NOS ANTICIPA*

A la hora de inculcar el Evangelio, la primera pregunta que salta es la de: *¿Por dónde empezar?* Pues bien, el papa Francisco en su reciente exhortación apostólica, *Evangelii gaudium*, siguiendo las orientaciones dadas por el concilio Vaticano II y los criterios ofrecidos en su momento por los anteriores papas, Pablo VI (singularmente en la *Evangelii nuntiandi*) y Juan Pablo II (sobre todo en su encíclica *Redemptoris missio*), nos recuerda que la evangelización comienza por el reconocimiento de la siembra del evangelio por parte del Espíritu Santo en el corazón de cada hombre, de cada uno de los pueblos y de todas las culturas⁴³. De ahí que la Iglesia, “la comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, que la ha *primereado* en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y por eso ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG 24)⁴⁴.

2. ORIENTACIONES BÁSICAS PARA LA INCULTURACIÓN DE LA CATEQUESIS EN EL CONTEXTO ACTUAL

Aunque, evidentemente y por consecuencia lógica con todo lo que hemos expuesto, no cabe esperar recetas uniformes ni universales para llevar a cabo la tarea de inculcar el evangelio, y dado que siempre será necesario que las iglesias de los diferentes lugares discernan el mejor modo de proceder en cada caso⁴⁵, me parece conveniente terminar esta exposición recordando

43 Cf. EG 181.

44 A este respecto son también muy interesantes las palabras pronunciadas por el papa Francisco en el Congreso Internacional de catequistas de septiembre de 2013, convocado con motivo del Año de la fe: “Si vamos, si salimos a llevar su evangelio con amor, con verdadero espíritu apostólico, con *parresía*, él camina con nosotros, nos precede, —lo digo en español— nos ‘primerea’. El Señor siempre nos ‘primerea’. A estas alturas ya habrán aprendido el significado de esta palabra. Y esto es algo que dice la Biblia, no lo digo yo. La Biblia dice, el Señor dice en la Biblia: *Yo soy como la flor del almendro. ¿Por qué? Porque es la primera que florece en primavera. ¡Él está siempre el ‘primero’! ¡Es el primero!* Esto es crucial para nosotros: Dios siempre nos precede. Cuando pensamos que vamos lejos, a una extrema periferia, y tal vez tenemos un poco de miedo, en realidad él ya está allí: Jesús nos espera en el corazón de aquel hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma sin fe”.

45 Es interesante observar cómo todos los Sínodos de Obispos que ha habido de los cinco continentes o regiones del mundo han tocado a fondo el tema de la inculturación, por eso es muy necesario tener en cuenta tanto lo dicho en los respectivos

alguna de las indicaciones que encontramos en el DGC (cf. 109-110 y 117). Hemos de tomarlas como criterios orientativos, para que, con la gracia de Dios y contando con el auxilio del Espíritu Santo, que siempre nos antecede, cada Iglesia particular, en comunión con la Iglesia universal, consiga que el único Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo sea propuesto fielmente y de manera significativa para los hombres que les han sido confiados.

En primer lugar, “considerar a la comunidad eclesial como principal factor de inculturación” (DGC 110).

En segundo lugar, que el catequista (el evangelizador) sea una persona con “sentido religioso profundo, que posea una viva sensibilidad social y que esté bien enraizado en su ambiente cultural” (DGC 110).

En tercer lugar, que “el anuncio del evangelio se haga siempre en íntima conexión con la naturaleza humana y sus aspiraciones, mostrando cómo satisface plenamente el corazón humano” (DGC 117).

En cuarto lugar, que “la catequesis bíblica ayude a interpretar la vida humana actual a la luz de las experiencias vividas por el pueblo de Israel, por Jesucristo y por la comunidad eclesial, en la cual el Espíritu de Cristo resucitado vive y opera continuamente” (DGC 117).

En quinto lugar, “que se realice una oportuna inculturación en el Catecumenado y en las instituciones catequéticas, incorporando con discernimiento el lenguaje, los símbolos y los valores de la cultura en que están enraizados los catecúmenos y catequizandos” (DGC 110).

En sexto lugar, que “en la explicitación del Símbolo, la catequesis muestre cómo los grandes temas de la fe (Creación, Pecado Original, Encarnación, Pascua, Pentecostés, Escatología...) son siempre fuente de vida y de luz para el ser humano” (DGC 117).

En séptimo lugar, “que se elaboren Catecismos locales que respondan a las exigencias que dimanan de las diferentes culturas, presentando el Evan-

Lineamenta como *Instrumentum laboris*, así como el magisterio de las diferentes exhortaciones apostólicas postsinodales que han ido apareciendo. Bajo el pontificado de Juan Pablo II: *Ecclesia in Africa* (14 de septiembre de 1995); *Ecclesia in America* (22 de enero de 1999); *Ecclesia in Asia* (6 de noviembre de 1999); *Ecclesia in Oceania* (22 de diciembre de 2001) y *Ecclesia in Europa* (28 de junio de 2003). Bajo el pontificado de Benedicto XVI: *Africae munus* (19 de noviembre de 2011) y *Ecclesia in Medio Oriente* (14 de septiembre de 2012). El papa Francisco en *Evangelii gaudium* cita reiteradas veces estas exhortaciones de los pontífices que le han precedido: nota 25; notas 57 y 58; nota 77; notas 91, 92, 94, 95 y 99; nota 134; nota 149 y nota 203.

gelio en relación con las aspiraciones, interrogantes y problemas que en esas culturas aparecen” (DGC 110).

En octavo lugar, “presentar el mensaje cristiano de modo que capacite para *dar razón de la esperanza* (1 Pe 3,15) a los que han de anunciar el Evangelio en medio de unas culturas a menudo ajenas a lo religioso y a veces post-cristianas” (DGC 110).

En noveno lugar, que “la catequesis moral, al presentar en qué consiste la vida digna del Evangelio y promover las bienaventuranzas evangélicas como espíritu que impregna el decálogo, las enraíce en las virtudes humanas, presentes en el corazón del hombre” (DGC 117).

Y, por último, que “la catequesis litúrgica haga constante referencia a las grandes experiencias humanas, significadas por los signos y los símbolos de la acción litúrgica a partir de la cultura judía y cristiana” (DGC 117).

De hecho, como continúa diciendo el DGC, la regla de oro de cara a la presentación del mensaje cristiano en la catequesis no es otra sino la de adecuarse “a las circunstancias y a la situación de fe del que recibe la catequesis” (DGC 118). Y asimismo que hay que escoger siempre “el itinerario pedagógico más adaptado a las circunstancias por las que atraviesa la comunidad eclesial o los destinatarios concretos a los que se dirige la catequesis” (DGC 118).

V. CONCLUSIÓN (A MODO DE RESUMEN)

No cabe plantear la evangelización como una tarea universal, abstracta e indiferenciada; la evangelización exige, no solo por razones de orden práctico o estratégico, sino fundamentalmente por fidelidad a la pedagogía divina y al misterio de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, conocer cuidadosa y profundamente al destinatario (o destinatarios) y requiere igualmente un camino (un método), un modo concreto que previamente haya sido discernido como el que mejor responde a la situación de dicho destinatario (cf. DGC 118).

La evangelización requiere, además, “conocer en profundidad la cultura de las personas y el grado de penetración en su vida”; “promover al interior de cada una de las culturas a evangelizar una nueva expresión del Evangelio, procurando un lenguaje de la fe que sea patrimonio común de los fieles, y por tanto factor fundamental de comunión”; y, por último, “procurar que la

explicación y la clarificación de las fórmulas doctrinales de la Tradición sean presentadas teniendo en cuenta las situaciones culturales e históricas de los destinatarios y evitando, en todo caso, mutilar y falsificar los contenidos” (DGC 203).

El propio Directorio señala igualmente, tal y como ya hemos recordado en este artículo, que debe ser la diócesis la que “ofrece a todos sus miembros y a todos los que se acercan con el deseo de entregarse a Jesucristo, un proceso formativo que les permita conocer, celebrar, vivir y anunciar el Evangelio dentro de su propio horizonte cultural” (DGC 218).

La razón, dentro de la lógica conciliar, es muy fácil de entender: “la Iglesia católica, una y única, existe en y a partir de las Iglesias particulares” (LG 23)⁴⁶. Y, por eso, cuando trata de sembrar la semilla del Reino de Dios en un lugar determinado, lo debe hacer “sin quitar ningún bien temporal a ningún pueblo” sino más bien “tratando de favorecer y asumir las cualidades, las riquezas y las costumbres de los pueblos en la medida en que son buenas, y, al asumirlas, las purifica, las desarrolla y enaltece”. Es así como la Iglesia contribuye a que se cumpla “el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos” (LG 13).

De esta manera, la confesión de fe, meta de la catequesis, puede ser proclamada por los discípulos de Cristo “en su propia lengua” (Hch 2,11). Y, al igual que sucedió el día de Pentecostés, también hoy la Iglesia de Cristo, “presente y operante” en las Iglesias particulares, “habla todas las lenguas”, y echa sus raíces en todas las culturas⁴⁷.

46 O como dice el Decreto *Christus Dominus*: “En [la Iglesia particular] está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica” (11).

47 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Communio notio* 7 y 17.